

era completamente independiente, y la lucha comenzada en 238 con los rústicos pueblos montañoses ligurios, tan interminable como la sostenida en la isla de Cerdeña, era propiamente para las antiguas legiones mas bien una escuela de barbarie y de caza de esclavos, que una contienda en que se luchase por un pronto y definitivo éxito. Las enérgicas tentativas para romanizar rápidamente las comarcas celtas conquistadas al Sur de la línea del Po, fueron interrumpidas durante muchos años por la lucha que el Estado itálico comenzó contra la heroica Cartago, cuatro años despues de la victoria de Marcelo y de Escipion, lucha en la cual se disputaba el título de primera potencia.

Mientras las legiones destruían, no sin inauditos trabajos, las fuerzas de los antiguos enemigos de Italia al otro lado de los Apeninos, las armas y la diplomacia del Senado, cruzando el Adriático y el mar Jónico, conseguían rápidas y fáciles victorias, trascendentales para el porvenir y para la situación de los romanos, y que permitieron por vez primera á la potencia romana establecerse fuertemente en la península de los Balkanes y entrar en relaciones diplomáticas con las distintas y antiguas comarcas helénicas.

Ya sabemos, por el estudio que llevamos hecho de la historia de los tiempos posteriores de Grecia, que los salvajes y sangrientos ilirios del Este del mar Adriático, los ascendientes de los skipetares ó albaneses de la Edad media y de los modernos siglos, no solo se entregaban con fruición á crueldades y destructoras correrías por tierra, como de ello hubieran podido dar cuenta exacta los macedonios antes de las batallas salvadoras y vengadoras del gran Filipo, sino que desde la época en que la potencia marítima de los corintios, de los atenienses y de los siracusanos cesó de dominar en el Adriático, se entregaban con maestría á troy en dicho mar y aun mas al Sur, al execrable ejercicio de la piratería. Sobre todo en la época en que el vuelo que tomaron las ligas etolia y aquea, despues de la muerte de Antigono Gonatas, arrinconó la dominación macedónica mas allá del Olimpo, y en que la corte de Pella hubo de mirar como enemigos á los ilirios que hasta entonces habían sido sus aliados, todos los territorios comprendidos entre Dirraquio y Mesenia fueron asolados por aquellos corsarios, con los cuales no podían compararse los epirotas, ni los etolios ni los aqueos. Los piratas ilirios eran de condición harto cosmopolita para no querer saquear mas que á los griegos: los grandes perjuicios que ocasionaban al comercio marítimo de Italia, el apresamiento de buques italianos, el robo de los cargamentos, los asesinatos y prisiones que llevaban á cabo en las tripulaciones, y por último las súplicas de la antigua ciudad griega aliada, Apolonia, y de la amenazada Issa (Lissa) del archipiélago dalmático; todo indujo al Senado á intervenir para poner coto á estas correrías. En 230 se enviaron al poderoso caudillo ilirio de Scodra (hoy Scutari), que gobernaba sobre todas las tribus guerreras de la costa de la actual Dalmacia, en la Czerna-gortza (1) y por el Sur hasta Apolonia, dos emisarios, Cayo y Lucio Coruncanio, los cuales se encontraron con que Agron, príncipe hasta entonces reinante, é hijo de Pleurato, había muerto, teniendo su viuda Tenta, brutal amazona, la regencia de su hijo Pines, que no había llegado todavía á su mayor edad. La orgullosa mujer se limitó á contestar á los enviados que no quería romper oficialmente las hostilidades contra Roma, pero que no podía evitar que segun antiguo derecho, los ilirios libres declarasen por sí solos la guerra á quien quisiesen. El jóven Coruncanio, á fuer de buen romano, replicó que en Roma existía la excelente costumbre de que el Estado castigaba los

(1) El Monte-Negro (de *czerna*, negro, y *gortza*, monte) palabras eslavas que todavía se aplican á esta region. (N. del T.)

crímenes individuales, y que, con ayuda de los dioses, pensaban los romanos introducir mejores costumbres entre los ilirios. Irritada aquella arpia iliria por estas palabras, mandó perseguir á su regreso á los emisarios y asesinar al temerario embajador.

Entonces los romanos comenzaron con energía el ataque. Mientras los ilirios, que no habían aprendido á conocer todavía el poder del Estado itálico, les oponían abierta resistencia; mientras sus escuadras amenazaban simultáneamente á Issa, Dirraquio y Apolonia, y una parte de sus buques corsarios, las biremes liburnias tan célebres por su ligereza, conquistaban la isla de Corcira, bajo la dirección del aventurero griego Demetrio de Faro, pusieron en movimiento en las comarcas orientales las tropas que habían aprestado los romanos; y el poder de los itálicos se mostró tan imponente que las fuerzas de mar y tierra de los ilirios quedaron completamente aniquiladas. Cuando en 229 el cónsul Cneo Fulvio Contumalo se presentó con 200 penteremes delante de Corcira, Demetrio de Faro capituló en el acto, se pasó á los romanos y fué un buen jefe de su escuadra. Apolonia, Dirraquio é Issa fueron muy pronto recobradas. En el entre tanto, el otro cónsul L. Postumio Albino se había dirigido desde Brindis, con 20,000 infantes y 2,000 caballos, á las costas ilirias y, á pesar de la tenaz resistencia de los ilirios, operó victoriosamente en las principales comarcas del enemigo. La princesa Tenta no tuvo mas remedio que huir á un castillo que poseía en el interior del país, pudiendo Fulvio, en el otoño del año 229, regresar á Italia con todas sus tropas. Postumio, que con 40 buques y algunos contingentes permaneció durante el invierno en el territorio enemigo, pudo conseguir, durante la primavera del año 228, que la princesa Tenta aceptara las duras condiciones que le imponía Roma. El poder de los caudillos de Scodra quedó reducido á su antiguo territorio, librándose de su soberanía los griegos, los ardeos dalmáticos, los parthinos y los atintanos que se encontraban al Sur del río Drilon. Además se estipuló que por el Sur de Lissa (hoy Alesio), situada en la costa y junto al Drilon, no podría pasar ningun buque de guerra, y en cuanto á los mercantes se prohibió el tránsito de mas de dos á la vez. Por último, los caudillos de Scodra hubieron de pagar un fuerte tributo á Roma.

El Senado no formó allende el Adriático una nueva provincia; pero adquirió una base de apoyo en las costas ilíricas. Demetrio de Faro, á quien se había concedido la soberanía de Dalmacia, fué aliado de Roma y se encargó de la tutela del jóven príncipe de Scodra. Los parthinos y los atintanos, las ciudades griegas de Dirraquio (nombre que los romanos daban á la antigua Epidamnus), Apolonia y Corcira, entraron á formar parte de la liga romana, residiendo desde entonces en la isla de este último nombre y en la de Issa, comandantes ó prefectos romanos, y siendo atribución de los cónsules durante muchos años la inspección superior de las nuevas conquistas del Adriático.

Ya hemos visto, al tratar de la historia de Grecia, que la destrucción de los temibles corsarios ilirios indujo á los helenos á entrar en 228 en relaciones amistosas con Roma y que entonces se formó probablemente, entre romanos y atenienses, la alianza que 28 años despues dió lugar á que el Senado interviniera por las vías diplomáticas en la política del Oriente helénico. La fortificación de los puestos avanzados romanos en las costas occidentales de la península de los Balkanes mortificó en cambio extraordinariamente á la corte de Macedonia, cuyos gobernantes no habían podido ver sin disgusto las relaciones que mediaban entre el Senado y los Lágidas de Egipto, enemigos mortales de la casa de los Antigonidas. Por eso desde entonces, dominó en la corte de

Pella un sentimiento anti-romano, con el cual contó pocos años despues Anibal para la colosal expedición que contra Roma estaba preparando.

V.—ESTADO DE LA CIVILIZACION ROMANA. SISTEMA MONETARIO

Vencidos los ilirios y los celtas, creyeron los romanos estar libres por mucho tiempo de guerras importantes. A pesar

de que el Senado contaba en su seno tantos hombres eminentes, ni la penetración colectiva de aquella respetable asamblea, ni el talento individual de sus miembros supieron ver las señales de la horrorosa tormenta que se preparaba en la apartada España, país apenas conocido de los itálicos. La gran excitación que en Italia había motivado la nueva irrupción de los celtas, en 226 y 225, desapareció muy en breve: nadie podía entonces esperar que se acercase el día en que



Gladiadores

hubiera que recurrir á toda prisa á los últimos hombres y á los últimos recursos pecuniarios para salvar, como en la época de la guerra samnita, al Estado, de la desesperada situación en que los acontecimientos iban á ponerle. El pueblo romano de aquel tiempo, en que ya podía apreciarse la enorme transformación de Italia, interrumpida en breve por la guerra con

Anibal, no solo era fuerte y numeroso, sino que se encontraba en vías de prosperidad y paz, y veía florecer su agricultura, notándose solo algun ligero cambio en su vida nacional, hijo de la influencia ejercida por gérmenes de origen extranjero. La civilización y el idioma griegos hacían notables progresos en Italia. Uno de los detalles mas interesantes de este período

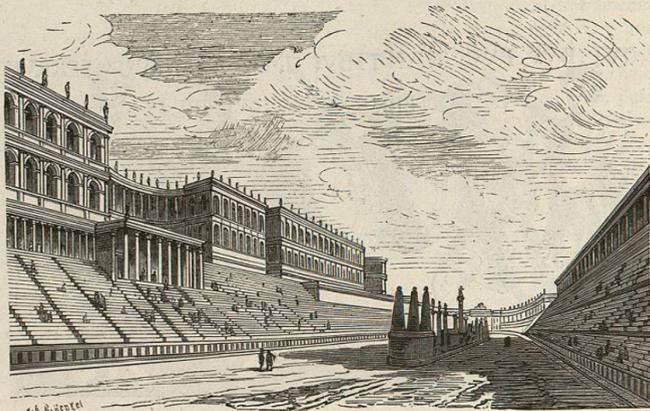


Gladiadores

es que, en 263, se colocó en el mercado de Roma el primer reloj de sol, que había sido arrebatado á los sicilianos. Sensible en extremo fué que la antigua rudeza latina aceptase uno de los mas execrables usos de la civilización etrusca, que fué la afición á las sangrientas luchas parciales. En 264, con motivo de los funerales de Junio Bruto, se celebraron por vez primera, en el mercado de bueyes, juegos de gladiadores ó luchadores artísticos, á imitación de lo que se hacía en Etruria y Campania. Esto no obstante, se pasó mucho tiempo antes de que el pueblo romano sintiese una afición decidida por estos horrorosos juegos, y de que constituyesen

estos uno de los rasgos característicos de la vida romana. El Senado dispuso que, por lo menos en las fiestas públicas, no se presentase ningun gladiador. Pero se había ya dado el mal ejemplo de introducir una diversión popular, que era mas que otra propia para acostumbrar á los romanos á mirar con indiferencia el derramamiento de sangre y para aumentar su rudeza. Mas se tardó todavía en aceptar las no menos crueles cazas de animales y en abandonar la mas tranquila caza de los zorros y de las liebres. Entre tanto se despertaba la curiosidad de los romanos y se aumentaba el número de las fiestas populares. Lo que pinta el carácter

impreso en la conciencia nacional y privada de las antiguas y nuevas familias de la nobleza romana, son la admiración del pueblo y la alegría de la nobleza en las fiestas funerarias de la aristocracia, con ocasión de las cuales iban en procesión los parientes del difunto, y se hacían panegíricos de este. Las fiestas populares presentaban naturalmente otro aspecto. La más antigua é importante, la gran fiesta del Es-



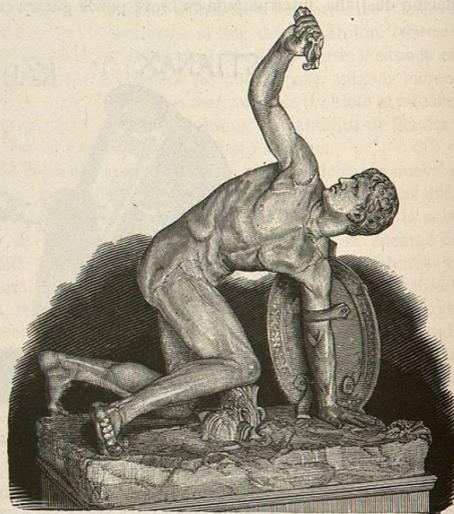
El Circo Máximo (restaurado)

siendo el premio de la victoria, como en los juegos nacionales de Grecia, una corona. Desde el año 364 se construyó un tablado para las representaciones teatrales de toda clase, para los músicos, bailadores, bufones y últimamente para los poetas, que recitaban sus composiciones, escritas en metro saturnino, acompañándose con grotescas danzas al son de la flauta. Este tablado fué la primitiva forma del teatro romano. Después la influencia griega hizo que en este tablado se representasen producciones dramáticas, conocidas de antiguo en Grecia, que tan gran número de ellas contaba. El primero que se dió á conocer como actor dramático fué Andrónico, oriundo de Grecia, que en 272 había sido conducido á Roma como prisionero hecho en la guerra de Tarento, y que luego al recobrar la libertad y con ella el derecho de ciudadanía, con cuyo motivo tomó el nombre de Lucio Livio Andrónico, se conquistó, como actor, como traductor y como profesor de los idiomas latino y griego, un glorioso renombre. Este hombre notable, del cual ya no se habla en 207, tradujo en versos saturninos latinos la Odisea, sirviendo durante muchos siglos su libro de obra de texto en las escuelas romanas, y dió á conocer en Roma la tragedia y comedia griegas, traduciendo dramas griegos é introduciendo el metro griego en la poesía latina. Ciertamente sus traducciones adolecían de cierta rudeza; pero gracias á sus tareas, se representó en 240, en el tablado romano, la primera comedia, con lo cual se inauguró la senda que habían de seguir luego los romanos, imitando más ó menos las producciones griegas.

Los romanos, andando el tiempo, no se contentaron con las grandes fiestas de la ciudad, y la historia nos enseña cuánto se aumentó el número de festividades. Cayo Flaminio fué quien, según parece, introdujo la más notable: en efecto, siendo censor en 220 construyó el nuevo Circo Flaminio, en donde se verificaban, durante el mes de noviembre, los juegos plebeyos. Las relaciones de Flaminio con el Senado y con la nobleza eran cada vez más tirantes, por lo cual la aristocracia procuró impedir sus progresos, apelando á los antiguos me-

tado romano, llamada *ludi maximi ó Romani*, durante la cual se festejaba, por espacio de cuatro días del mes de setiembre, al Júpiter capitolino, conduciéndole en procesión solemne al Circo Máximo, entre el Palatino y el Aventino, ofrecía á los espectadores, como imagen de las antiguas formas de la guerra, carreras de caballos y de carros, y luego luchas de corredores, de tiradores de disco y de pugilato,

dios sacerdotales. Desde su consulado existía una enemistad declarada contra él, porque el Senado, durante la guerra de los insubrios, guiado por *falsos auspicios*, le había ordenado la retirada, y Flaminio habiendo leído la carta del Senado



Gladiador

después de su última victoria, se había apoyado en este hecho para declarar que sus auspicios eran los ratificados por los dioses y que había triunfado al fin contra la voluntad del Senado. Nombrado censor, se captó de nuevo las simpatías de la plebe; sin embargo, era un romano tan á la antigua usanza, que se opuso energicamente á la práctica recientemente introducida y separó de las centurias á los libertos, á

quienes se había concedido el mismo derecho de sufragio que á los libres. Animado por sentimientos análogos á los que profesaron los antiguos, abogó por la construcción de una vía militar hasta Ariminum, que llevó su nombre como veremos más adelante.

Para terminar estas observaciones sobre el estado interior de Roma durante este período, réstanos solo decir que en él se llevó á cabo una importante reducción en la acuñación de las monedas de cobre. Desde la última modificación había cambiado la relación entre el cobre y la plata en favor del primero, de suerte que la moneda de este metal tenía más valor del que intrínsecamente se le concedía. Cuando se hizo patente la necesidad de establecer nuevas relaciones, es decir en 217, durante el segundo consulado de Flaminio, el valor del as se fijó respecto de la uncia de suerte que el denario en vez de 10 ases equivalió á 16 y el sestercio á 4: el as fué entonces igual á $5 \frac{1}{4}$ y la uncia á $7 \frac{1}{16}$ de libra. Es también probable que el denario equivaliese á $\frac{1}{84}$ de libra en vez de $\frac{1}{72}$, valores que se conservaron hasta la época del imperio. Desde el año 228, cuando los romanos sentaron sus reales en la Iliria, se creó una nueva moneda de plata, el *victoriatus*, así llamada por el busto de la diosa de la victoria que ostentaba en su reverso, moneda que en un principio equivalió á $\frac{3}{4}$ de denario, y sirvió para las transacciones con Grecia y con el mundo helénico, siendo muy útil en ellas porque su valor era muy parecido al de la dracma de Rodas y al de la moneda siria y egipcia. Con la reducción del denario disminuyó el valor del *victoriatus*. Cuando se operó esta variación en la existencia monetaria de Roma, el Estado romano se encontraba próximo á la terrible guerra que había de encender la tenaz enemistad que entre él y Cartago existía.

VI.—AMÍLCAR BARCA CONQUISTA LA ESPAÑA PARA LOS CARTAGINESES. ASDRÚBAL Y ANÍBAL

El gran Amílcar Barca, como jefe de un partido fuerte y patriótico cartaginés, después de sofocado el levantamiento africano y de ajustada la paz con Roma, no pensó más que en aprestar nuevos medios para restaurar el abatido poder de su patria y renovar con éxito, en un porvenir más dichoso, la gigantesca guerra contra los romanos. Sus planes tuvieron nueva base cuando consiguió implantar la oligarquía en Cartago, cuyas fuerzas se hallaban moral y materialmente abatidas desde la desgraciada guerra con Roma y desde la sublevación de los africanos. Este grande hombre de Estado y sus partidarios y auxiliares en el ejército y en el pueblo buscaron el apoyo del demos, que se había reanimado notablemente y que respondía á las excitaciones patrióticas de Amílcar. Cuando el partido dominante, á cuyo frente se encontraba el inepto Hannon, vió profundamente conmovido su poder, sintióse animado de hostilidad hacia aquel hombre eminente, hostilidad que por desgracia no se limitó al odio personal contra Amílcar. Al rededor de este partido de descontentos se agruparon todos aquellos á quienes aterrorizaba la idea de una nueva guerra con Roma. Los amigos de Hannon se mostraron en Cartago decididos partidarios de la paz, y en su antipatía hacia Amílcar y hacia sus planes políticos, que ellos juzgaban peligrosos, no titubeaban en apoyar, en caso necesario, á los romanos. Esto no obstante, no pudieron impedir que Amílcar fuese nombrado jefe superior del África por un tiempo ilimitado y adquiriese en lo militar un poder casi dictatorial: solo las comisiones de gobierno permanentes confirmaban por fórmula las últimas decisiones y las definitivas voluntades de Amílcar en los grandes negocios del Estado. El gran general solo podía ser destituido por la asamblea general y solo esta podía eventualmente exigirle responsabilidad. La deposición y sustitución de los generales correspondía á los oficiales y

GRECIA Y ROMA

senadores cartagineses que servían en el ejército, pero sus acuerdos debían ser aprobados por el pueblo.

Para Amílcar lo principal era crear nuevos medios de fuerza en un punto que entonces estaba fuera de la atención y del conocimiento de los romanos; á este propósito desistió del plan seguido en Oriente, aseguró en 236, con algunas avanzadas, las fronteras de los territorios cartagineses del África para evitar las incursiones de las inquietas tribus vecinas nómadas, y, luego que hubo llegado al Occidente, se dirigió con su escuadra y con una gran parte de su ejército hacia las colonias españolas, que apenas habían sido hasta entonces visitadas por los cartagineses, mientras su lugarteniente y yerno, el popular Asdrúbal, cuidaba con algunas tropas de la seguridad del África. Entonces Amílcar, con tanto acierto como energía, comenzó á crear para Cartago un nuevo reino colonial hispano, que al poco tiempo había de resarcir á los cartagineses, así en lo mercantil y económico, como en lo militar y político, de las pérdidas que habían sufrido en Sicilia y en Cerdeña. En el espacio de pocos años consiguió Amílcar grandes victorias. Las costas del Sudeste de la península pirenaica y una parte importante del interior del país, fueron conquistadas y convertidas en una gran colonia púnica. La posesión de las ricas minas de plata del Sur de España puso á este general en condiciones de pagar convenientemente á sus soldados y de enviar á Cartago cuantiosas sumas que indemnizaban al Estado de los tributos de las islas, para siempre perdidos, y que llenaban de gozo al demos, acostumbrado de antiguo á contar con estos rendimientos. Por último, el ejército, instruido perfectamente por Amílcar y animado por un noble sentimiento guerrero, adquirió, en las victoriosas campañas contra las tribus de los primitivos hispanos, tanta confianza en sí mismo, como disciplina y práctica. Además, el general cartaginés consiguió reclutar un sinnúmero de mercenarios que, procedentes de los audaces y caballerescos pueblos hispanos, se obligaban á servir bajo la bandera cartaginesa.

La conquista de la península ibérica no era, sin embargo, el objeto final que se proponía Amílcar, pues su altivez no tenía más idea que entablar con inaudita energía la lucha mortal de su venganza contra los romanos. Lo principal para él era constituir, por medio de la guerra con España, un ejército numeroso y experto, procurándose á la vez los materiales de guerra y los medios pecuniarios suficientes para sostener la lucha. No pudo, sin embargo, llevar á cabo personalmente sus planes, porque en 229 ó 228 encontró la muerte en un combate con los indígenas españoles. Su yerno, Asdrúbal, sustituto que le dieron la elección del ejército y la aprobación del Senado cartaginés, prosiguió con éxito la empresa por Amílcar comenzada. Maestro en el arte de captarse las generales simpatías y hábil en el trato de los vencidos y de los aliados, consiguió atraer á la causa de Cartago gran número de tribus hispanas, apelando para ello, más que á las armas, á la diplomacia, de la cual dió buena prueba casándose con la hija de un caudillo ibero. Además, supo aprovechar los manantiales de riqueza del nuevo reino y hacer útiles para su madre patria las hermosas provincias hispanas, logrando que sus tributos y regalías aumentasen el erario cartaginés, que sus poblaciones diesen buenos contingentes al ejército y que sus habitantes abriesen sus mercados al comercio é industria de Cartago. Mas trascendental para lo porvenir fué el hecho de que Asdrúbal fundara en un magnífico puerto, hasta entonces abandonado, de las costas meridionales de España, una poderosa ciudad que fuera la base principal de las operaciones y un arsenal grandioso para el ejército con que los Barcidas pensaban hacer la guerra contra Roma. Esta ciudad, hoy llamada Cartagena, tomó el nombre de *Karta-hadascha*